

(Viene de la página 35.)

mil. Los setenta mil tasmanianos se extinguieron en setenta y tres años desde el inicio de la colonización blanca. Los bosquimanos y los hotentotes del África del Sur han quedado reducidos a unos míseros residuos en la estepa del Kalahari y en las montañas del Oeste. Los onas de la Isla Grande de la Tierra del Fuego fueron exterminados en medio siglo; de los cinco mil individuos del año 1880, fecha de la llegada de los blancos, se contaban treinta y seis en 1938; hoy no queda más que un recuerdo.

Algunas poblaciones resisten. Pero la posibilidad de supervivencia, como raza y como cultura, está vinculada con un factor de aislamiento. Intenté buscar entre los Birhor las razones de esta condición y procuré saber si tenían conciencia de ello. Escogí los Birhor porque representaban un *test* ideal: no eran los clásicos salvajes cortadores de cabezas y canibales, como los que había visitado en Nueva Guinea, aislados completamente de nuestra civilización, sin que ni siquiera tuvieran noción de su existencia, sino al contrario, tenían la posibilidad inmediata de rendirse a ella, de juntarse con esta civilización (aunque fuera en la forma más elemental en aquellos miserables poblados indios) a uno o dos días de camino en el bosque. ¿Por qué no lo hacían? Viviendo con ellos, hora por hora, comprendí que su especialización es en la actualidad irreversible, tendente a un único género de actividades, la caza y la recolección en el bosque, una especialización casi fisiológica que los había hecho perfectos en aquel determinado ambiente, pero inadaptados del todo para afrontar otro diverso; finalmente que su mismo ensimismamiento en un mundo social y espiritual desarrollado bajo sus formas exclusivas, sin relaciones ni intercambios con mundos diferentes, que negaba la posibilidad de compromisos con otras culturas, otras maneras de vivir, de pensar y de ser.

Los Birhor sobrevivirán mientras puedan resistir. En el poblado de Neterhati, como ya referí anteriormente, encontré al regresar una comunidad de Birhor que habían capitulado, aceptando abandonar sus poblados y sus campos de pequeños nómadas para instalarse en las cabañas de barro seco preparadas por el gobierno distrital, ansioso y ambicioso de eliminar las tribus de aborígenes en su propio territorio. Ante la imposibilidad de caza (está demasiado lejos el bosque), incapaces de dedicarse al cultivo de la tierra por sus manos demasiado débiles y delicadas, hasta con dificultad para dedicarse a la fabricación de cuerdas por las prohibiciones de las autoridades forestales de quitar cortezas a los árboles, me parecían como unas pobres sombras de aquellos otros, pequeños pero enérgicos hombres del bosque con los que acababa de convivir durante unos pocos días antes. De fieros cazadores aborígenes, sanos, bruniados, desnudos del bosque, habían degenerado repentinamente en unos pordioseros piojosos y andrajosos. Próximo a su poblado estaba una pequeña casa: la escuela. La visité; había diez o quince niños, cuyo maestro los hizo limpiar los pies al ingresar en el «colegio extranjero». Me hicieron los saludos de rigor, cantaron canciones y agitaron sus manos. Estos, pensé, cuando mayores, ya no serán Birhor más que de nombre. Y tal vez se esforzarán, al sentirse sin raíces, en olvidar su origen, procurando insertarse de la mejor manera posible en aquel nuevo medio que ya los envolvía y del que ya no se podrían sustraer en lo sucesivo; no conservarán recuerdos del bosque, de los pavos reales sobre los árboles, de las cabañas de hojas, tan frescas y arregladas, comenzarán a dudar del dios Sol, irán al cine, se cruzarán con hombres y mujeres de otras razas. De esta forma, los Birhor desaparecerán como etnos y como cultura, habrán de seguir el curso de la humanidad contemporánea, que se dirige a la formación de una raza única, la raza mestiza.

¿Dentro de unos cuantos años subsistirán algunas poblaciones primitivas? Después de los grandes estragos de los dos últimos siglos, causados por las armas y también por las enfermedades (tuberculosis y sífilis, en primer plano), en la actualidad, los etnólogos, en muchas partes del mundo, intentan convencer a los Gobiernos y a los misioneros que sigan una política de respeto y de prudencia. Hay alguno, como Herbert Tischner, que hasta se conserva optimista: no veo que sea imposible, escribe, salvar algún grupo de aborígenes, por ejemplo, en Australia. Pero esto parece más una reparación *in extremis*, de cuyo éxito me permito dudar, tal vez es ya demasiado tarde. Y tal vez dentro de cincuenta años no será posible encontrar en su estado normal a un solo primitivo, y nos veremos obligados a reconocer que el hombre civilizado está destruyendo la vida sobre el planeta, en todas formas y en todos los niveles. De una manera particular habrá desaparecido el testimonio vivo de nuestros primitivos estados de cultura, las fuentes originales de nuestros mitos, de nuestras estructuras sociales, de nuestra misma civilización. Y habremos perdido el primitivo sentido del paraíso, porque la palabra paraíso, en persa, significaba sencillamente reserva de caza.

FIN

Texto y fotografías de GIANNI ROGGI
Copyright L'EUROPEO Agencia INTERSTAMPA

clasificaciones anuales

POR esta época nos llegan, un poco desde todas partes, las clasificaciones de los mejores deportistas del año.

Resulta difícil conjugar criterios muy opuestos y, sobre todo, tendencias chauvinistas inevitables. Cada cual intenta llevar el agua a su molino.

Evidentemente, ha habido unanimidad para designar a Ron Clarke, el fenomenal atleta australiano, como indiscutible número 1. De un hombre que ha mejorado o batido veintidós records mundiales en doce meses, no hay muchas copias. Pese a sus últimas derrotas ante el keniano Kipchongo Keino, la elección de Clarke no ha admitido dudas.

¿Cuál es la posición, el criterio español sobre estos esrutinios y encuestas?

En realidad, nos limitamos a hacer de intermediarios, sin intervención directa. Por medio de algunas publicaciones especializadas se emite el voto en determinados "referendums" de carácter internacional.

La mayoría de edad de nuestro deporte quizá obligue ya a modernos por nuestra propia cuenta. Hasta el año pasado, la revista "Vida Deportiva" organizaba su "Noche del Deporte" para elegir el mejor deportista español del año. La iniciativa tuvo siempre un feliz éxito. Ahora, desaparecida "Vida Deportiva", parece que será otra revista, "Dicen", la que continuará, en una nueva época, la idea.

Hace algún tiempo, con ocasión de un cambio de impresiones en la Asociación Nacional de Críticos Deportivos, se habló de la necesidad de coordinar opiniones y criterios sobre este problema, con el fin de dar uniformidad y unidad a la encuesta. Incluso se habló de que la Delegación Nacional de Educación Física y Deportes patrocinara una fiesta anual para la fase final de la elección.

No es nuestro propósito proponer que se le quiten las iniciativas a nadie. Pero sí resaltar la importancia y trascendencia que en casi todos los países se concede a este tipo de consultas. En Inglaterra, la elección del mejor futbolista del año da ocasión a una fiesta excepcional, que se celebra, precisamente, la víspera del mayor acontecimiento balompédico de las Islas: la final de la Copa.

Elección del mejor futbolista del año; elección de los mejores deportistas del mundo. ¿Por qué no nuestro país debe tomar las riendas de su propio punto de vista? ¿Por qué la Asociación de Críticos Deportivos, que va tomando cuerpo y forma, no se encarga de codificar un reglamento sobre la materia, a fin de recoger la opinión de todos los informadores del país?

Nos parece que la sugerencia, que por puro manido quizá nadie se ha atrevido a plasmar, es interesante. Nos parece un poco absurdo que, con una periodicidad casi agotadora, la Prensa española vaya publicando las elecciones de "World Sports", de la Agencia Húngara, de "Sport Illustrated", de "L'Equipe", etc., sin dar a conocer su particularísimo criterio. ¿Por qué?

Con frecuencia, en esas clasificaciones extranjeras, nos encontramos con nombres ilustres, pero también con otros de medio pelo, impuestos por un espíritu nacionalista o patrioteril, que en nada son superiores a la de algunos españoles distinguidos. Pero, naturalmente, nadie nos va a conceder nada, ni aun en algún caso excepcional como el de Manolo Santana, que hasta la final de la Copa Davis no había perdido un solo "set" en toda la competición, hecho que sepamos sin precedentes para un equipo que ha intervenido en siete eliminatorias.

Sin afanes de chauvinismo, si sólo con el único fin de demostrar que también tenemos opinión como el que más, creemos que deben españolizarse todos estos esrutinios. La Asociación de Críticos Deportivos tiene la palabra.

J. J. CASTILLO